

dio de la turbulencia general de los espíritus, lo que es el deber. ¡Pues bien! Cuando todo el resto de la Francia caía en los vértigos y el delirio, nuestros paisanos vandeos y bretones, simples y puros en su ignorancia nativa, merecieron ser iluminados y guiados por el *dón de ciencia*; porque ellos comprendieron al momento cuál era su deber, y en el acto se armaron para defender los altares de su Dios y el trono de su rey.

**DON DE PIEDAD.** “Ejercitaos en la piedad, porque los ejercicios corporales sirven de poco provecho; mas la piedad es útil á todos; y es á ella á quien están prometidos los bienes de la vida presente y de la futura (1).”

Leemos en el Eclesiastes: “La piedad guarda el corazón; lo hace justo, y le dá alegría y un dulce placer.” El mismo escritor inspirado llama á la piedad, cultura de Dios, *cultura Dei*, y continúa: “Haced todas vuestras acciones con dulzura, porque la dulzura es mas amable, que todo aquello que hay de mas amable entre los hombres.

“Las palabras dulces multiplican los amigos, y dulcifican los enemigos.

“El Señor lo ha hecho todo; y dá la sabiduría, á aquellos que viven en la piedad.”

Podría prolongar mucho estas citas de los sagrados libros, que abundan en elogios del don de piedad; pero me privo de este placer, porque todo hombre que ha envejecido en el mundo, entregado á sus agitaciones, sus inquietudes, sus zozobras, sabe bien cuán en poco tiene la sociedad aquello que promete á los que se entregan en cuerpo y alma á sus seducciones: ella les ofrece alegría y placer, y no les da mas que engaños y errores: contra todos estos errores, estos engaños, estos fraudes; contra esas inquietudes y zozobras, ha sido necesario que la pobre alma agitada, traqueada, atormentada por ese incesante flujo y reflujo de un mar dominado por los vientos de las pasiones; ha sido preciso, repito, á esta alma inocente y pura, un punto de reposo, un lugar de refugio. . . . En la calma y la quietud que se encuentran bajo los brazos siempre abiertos de Jesucristo, es donde solamente puede gozarse de la paz que ella busca.

Al pié de la Cruz es donde vive y ruega, cree y espera, la dulce y sufrida piedad; de este verdadero lugar de refugio, es de donde se elevan mejor que de otras partes, sus fervores, sus pretensiones y sus plegarias.

Allí, el alma ferviente y cristiana, no es perturbada por los vanos ruidos del mundo; y si por acaso percibe todavía algunos rumores en lon-

(1) San Pablo, I. Timot. cap. IV, v. 7 y 8.

tananza, no son mas que como el murmullo de las olas, que se percibe desde el puerto en que ya estamos seguros. Toca á otro mejor que á mi, referir las inefables delicias y las alegrías celestes, que saborea el alma piadosa en sus íntimas conferencias con Dios. ¡Ay! ¡Quién es capaz de pintar los goces puros de la inocencia! Nadie hay en el mundo tan elevado que describa la bondad de los ángeles; no es dado al ciego alabar la brillantez de la luz; ni es el sordo quien puede repetir los armoniosos conciertos del cielo. Empero, de los mismos santos á quienes su ángel de guarda ha conducido á las fuentes de aguas vivas; aquellos que por sí mismos han probado los bienes que ellas hacen al alma, y el reposo que dan al espíritu, y que han pintado la piedad de ellas sus escritos, es de donde voy á tomar los rasgos, que la harán mejor conocer y amar.

Ella ama el recojimiento y busca el silencio; y cuando se crea una soledad, se goza, descansa en ella, y habla á Dios, que la ve, que la oye. Para ser bien escuchada, para ser bien acojida, habla en nombre de Jesucristo, y es su palabra la que está en su boca.

Ella no se contenta con ofrecer á Dios una fé estéril, sino que agrega la ofrenda de su corazón contrito, y sufriendo por él. Ella, no solamente quiere seguir al divino Salvador, sino alcanzar la gloria del cielo, después de haber pasado y compartido los oprobios y dolores del Hijo de María.

Ella, sobre todo, se coloca siempre *en medio de los herederos de Jesucristo* (1), porque Jesus, dejándose crucificar por el amor de los hombres, nada dejó en este mundo á sus verdaderos hijos, mas que la Cruz; es decir, ¡sufrimiento y dolor!

En la noche como en el día, el alma piadosa repite á Dios: “Hablad, Señor, vuestro siervo escucha. Sois vos el que teneis, el que dais la vida eterna: hablad.”

Después, oye palabras llenas de dulzura, que sobrepasan infinitamente la ciencia de todos los filósofos y de todos los sabios del mundo; palabras que penetran en su corazón, como las gotas de una lluvia bienhechora en la tierra abrasada por el estío.

Ella esclama con amor, dirigiéndose al Todopoderoso: “¡Vos sois mi gloria y mi alegría! ¡Vos sois mi esperanza y mi refugio! ¡Oh, quién me diera alas para volar hácia vos!”

“La piedad vuelve ligero todo lo que existe de mas pesado, y soporta con igualdad todas las desigualdades de la vida. Quiere ser despojada

(1) San Cipriano.

de todas las afecciones mundanas, para que no la retengan lejos de las miradas del Señor: sabe que los que repelen los placeres de la tierra, reciben los dones del Espíritu Santo (1)!"

La piedad no se alimenta solo de meditaciones y de plegarias; no está siempre de rodillas, porque mezcla las obras de caridad á las oraciones: así se ve á aquellos que le están consagrados, constantemente en los lechos donde el sufrimiento y la miseria hacen sentir sus gemidos y sus llantos. Despues de Dios, lo que mas ama la piedad es el prójimo; y corre á este prójimo, pobre y desnudo del todo, como á Jesucristo mismo. Cuando va así donde la llama el dolor, lo hace secretamente, porque con frecuencia se acuerda de estas palabras del Evangelio (2): "Guardaos de hacer vuestras buenas obras ante los hombres, para que sean vistas; de otro modo, no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en el cielo."

La piedad no dá solamente á los necesitados y enfermos á quienes va á visitar, los alimentos y los remedios que la necesidad ó su dolencia reclaman, sino que ademas, tiene para aquellos que prueban la miseria y el dolor, palabras de fé y de esperanza, que alivian á los pobres y á los que mas sufren, y ayudan á los moribundos á pasar á la region eterna. Ama la paz de su oratorio, pero no puede permanecer allí, cuando la llaman el sufrimiento y la miseria; porque es hermana de la caridad, y jamas la olvida. Despues de sus buenas obras, reposa: mas la plegaria es su mejor y mas dulce reposo.

La piedad no es austera mas que para sí misma: para todo lo que le rodea, es apacible y llena de benevolencia; no la espantan los placeres inocentes; antes bien, sonrío con ellos y los fomenta.

"Hijo mio, dice en el libro de los Proverbios, no olvideis mi ley, y que vuestro corazon guarde fielmente mis preceptos; porque en ellos encontraréis la longevidad de dias, y la multiplicacion de los años de vuestra vida. Que la justicia y la misericordia no os abandonen jamas; que la confianza en Dios llene vuestro corazon. Creed en el Señor, y alejaos del mal; y vuestra carne será sana, y el riego de un jugo saludable penetrará hasta vuestros huesos. ¡Feliz aquel que ha encontrado la piedad; porque el fruto que de ella se obtiene, es mas excelente y precioso que el oro mas puro y fino!

"La piedad es para el alma un manantial de luz. La esperiencia demuestra que ella es para el entendimiento, lo que la claridad para la vista, disipa las tinieblas y las nubes. La alegría, la calma que acompañan

(1) *Imitacion de Jesucristo.*

(2) San Mateo.

la inocencia, dejan al espíritu toda su actividad: jamas se eleva mejor, que cuando está sostenido por el testimonio de una buena conciencia; y si existen miras sublimes, ideas verdaderamente grandes, sentimientos nobles y generosos, es sin duda á una alma pura, á una alma piadosa á quien pertenece concebirlos, darles el sér y ponerlos en accion.

DON DE CREENCIA. Este don del Espíritu Santo, es el principio de la sabiduría. La creencia que nos da es para no ofender al Señor: este sentimiento de respeto y amor hácia Dios, nos hace conocer que no hay mayor desgracia como la de ultrajar su divina Majestad. Esta creencia que todo cristiano debe ansiar, en nada se parece al temor que oprime el corazon y hace doblar la cerviz ante los poderosos de la tierra: los mártires tenian todos en el alma, la creencia en el Señor, y por eso no temblaban ni ante los tiranos ni ante los verdugos.

David, en sus inmortales salmos, esclama: (1) "Señor, cuantos bienes y dulzuras habeis reservado para aquellos que creen en vos, los habeis preparado para aquellos que esperan en vos, á la vista de los hijos de los hombres."

"Vos los ocultaréis en el secreto de vuestra presencia, contra las tribulaciones de los hombres.

"Vos los protejereis en vuestro tabernáculo, contra todas las lenguas mordaces."

Despues continúa el profeta rey:

"Creed en el Señor, vosotros, los que sois sus santos, porque nada falta á los que creen en él.

"La creencia en el Señor (2) va acompañada de gloria y alegría.

"Aquel que cree en el Señor, será feliz hasta el fin de su vida, y será bendecido el dia de su muerte.

"La creencia del Señor santifica la ciencia.

"La creencia de Dios es la plenitud de la sabiduría, que lleva sus frutos con abundancia.

"La sabiduría detesta al pecado.

"La creencia del Señor arroja el pecado.

"Aquel que no tiene creencia, no puede venir á ser justo.

"El que cree en el Señor, honra á sus padres, y será como sus señores, aquellos que le han dado la vida.

"Los que creen en el Señor, tendrán cuidado de preparar sus corazones y de santificar sus almas en su presencia.

"Los que creen en Dios, guardarán sus mandamientos, y mirarán con

(1) Salmos.

(2) El Eclesiástico.

paciencia hasta aquel que fije en ellos los ojos, diciéndoles: "Si no hacemos penitencia, no caeremos en las manos del Señor, sino en las de los hombres."

"La sabiduría y la ciencia serán las riquezas de salud, y la creencia del Señor será el tesoro (1).

Este dón de la creencia de Dios, es tan precioso y tan indispensable á la salud, que bien hubiera podido estender todavía mas mis citas; porque la Escritura Santa ofrece, en muchas de sus páginas, los elogios y recomendaciones que se han citado. Para tratar debidamente las materias religiosas, es mucho mejor recurrir á los libros sagrados, que no tratar de inventar grandes frases y conceptos sonoros. Las palabras del mundo literario tienen mas ó menos mérito; pero jamas serán como los versículos de los salmos y de las profecías, humedecidos con el rocío celeste, é impregnados de la gracia del Altísimo: sin duda, aquellas encantan frecuentemente el oído, pero rara vez penetran en el corazón.

En otros días, cuando el *tan bello país de Francia* era todavía un reino cristianísimo, he visitado con mi padre y mis hermanos, las antiguas y nobles abadías, y me acuerdo de que aquello que hacia germinar mas los pensamientos serios en mi alma de niño, era el claustro y sus góticas bóvedas, formando un inmenso cuadro, en medio del cual se elevaba una cruz: al pié, y en derredor de esta cruz, se estendia un huerto con sus gradas prominentes, contorneadas y guarnecidas de box: allí crecian y se esparcian las flores mas bellas y perfumadas. Los religiosos las cultivaban con amor, y jamas las regaban sino con el agua mas clara, entibiada al sol. ¡Estas flores jamas se cortaban, sino para adornar el altar, y mezclar su perfume á los olores del incienso!

Las palabras que acabo de tomar en la Sagrada Escritura, son como estas flores del claustro: vienen de Dios y yo las vuelvo á Dios.

Consagrando algunas pájinas á cada uno de los dones del Espíritu Santo, hemos demostrado todos los beneficios del sacramento de la confirmación: son todavía, y serán siempre lo que fueron en el tiempo de los apóstoles. Todas las gracias invisibles, que se repetian entonces en las almas puras por la imposición de las manos, descenden hoy lo mismo, cuando el obispo ruega por nosotros, y nos marca con el crisma de la salud.

"Cuando sean llegados los tiempos, dice el Señor por boca del profeta Joel, yo repartiré mi espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros

(1) Isaías.

viejos tendrán sueños. . . . Y haré aparecer los prodigios en el cielo, y señales extraordinarias sobre la tierra."

Estas palabras del profeta de Israel se han realizado; y los cristianos de la Iglesia primitiva, han visto y sentido *el Espíritu del Señor, repartido sobre toda carne. . . .* Entonces el Espíritu Santo se derramó por todas partes, y el río de la gracia, como los ríos de la tierra, tuvo sus avenidas, que subieron y se estendieron por todas partes.

"Habia entonces en la iglesia de Antioquía, dice San Lúcas (1), dos profetas y dos doctores, á saber: Bernabé y Simon, que se llamaba el negro; Lucio el Cireneo; Manahen, hermano de leche de Heródes el tetrarca, y Saulo. Mientras ellos estaban glorificando al Señor, pagándose de su santo ministerio, y ayunando, les dijo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y Bernabé, para la obra á que los he destinado."

Después de haber citado este pasaje de los Actos de los Apóstoles, el Sr. Chardon, autor de la *Historia de los Sacramentos*, continúa: "Vemos aqui cinco profetas en la misma ciudad, y todavía no eran los únicos, porque la Escritura no habla como que este fuese solamente el número de aquellos que se encontrasen por entonces en Antioquía; á lo menos, siguiendo nuestra Vulgata, que dice: *In quibus &c.*, lo que significa, *entre los cuales* estaba Bernabé."

No era solamente en Antioquía donde estaban los profetas; tambien ordinariamente entonces se encontraban en cada iglesia particular. San Pablo lo atestigua así. Hablando á los sacerdotes de la iglesia de Efeso, del viaje que pensaba hacer á Jerusalem (2), les dice, que su deseo era volver á aquella ciudad, aunque en todas aquellas por donde habia estado, *el Espíritu Santo le hizo conocer (por boca de los hermanos á quienes inspiraba)*, que las cadenas y las aflicciones le estaban preparadas (3). Por esto se le vió llegar á Tiro, donde como habia discipulos, dice el historiador sagrado, nos demoramos siete días, y ellos *repetian por el Espíritu á Pablo*, que no iria á Jerusalem. Habiendo pasado el apóstol con sus compañeros, de Tiro á Cesarea, fué alojado en casa del diácono Felipe, que tenia cuatro hijas doncellas que profetizaban. Allí vino á encontrarlos otro profeta nombrado Agabus, y predijo claramente á Pablo los malos tratamientos que debia recibir en Jerusalem.

Lo que acabamos de extractar de los Actos de los Apóstoles, demuestra evidentemente, cuán comunes eran en aquellos felices tiempos los dones del Espíritu Santo, y por decirlo así, cuán populares, porque Dios

(1) Act. cap. XIII, v. 1 y 2.

(2) Act. cap. XX, v. 23.

(3) Act. cap. II, v. 4.

los repartía abundantemente, no solo á los simples fieles, sino tambien á las mugeres y á sus hijas. Así San Pablo, en sus Epístolas habla de estos dones milagrosos, como de cosas demasiado conocidas; los llama *dones del Espíritu Santo*, y algunas veces, simplemente el *Espíritu Santo*.

En la primera Epístola á los de Corinto, por el año 57, *veinticuatro años despues de la pasion del Divino Salvador*, les dice: “ Los dones del Espíritu Santo se han hecho conocer en lo exterior, y son concedidos á cada uno por la utilidad de la Iglesia. Uno recibe el Espíritu Santo, el dón de sabiduría divina; otro el dón de ciencia humana. El mismo Espíritu dá el dón de la fé. Otro obtiene la gracia de curar las enfermedades; otros el dón de profecía; otro, el dón de distinguir los talentos; otro, el dón de hablar diversas lenguas; otro el dón de interpretarlas.”

En esta grande y memorable época de redencion, no dejaba Dios caer el rocío de la gracia gota á gota, como el que se escapa de las nubes para fecundar la tierra, sino que, por decirlo así, á grandes rios, se repartió sobre la Iglesia naciente.

“ Desde los principios del siglo III, estas gracias exteriores y sobrenaturales, empezaron á hacerse mas raras, pero no cesaron sin embargo: si fueron menos repartidas en la multitud, aparecieron con mas brillantez en las personas eminentes y piadosas, que (1) si es permitido valermé de esta espresion, *los honraba* por la santidad de su vida y la rigidez de sus costumbres.”

Para primer ejemplar, citaré á Santa Perpetua, profetiza y mártir, cuya sangre enrojeció los arenales de Africa, doscientos tres años despues del gran martirio del Calvario.

San Dionisio de Alejandría, que conoció el porvenir en las visiones que Dios le concedía para el gobierno de su Iglesia.

San Cipriano, que vivía casi tanto con los ángeles, como con los hombres, sabía las cosas futuras lo mismo que las pasadas. Fué advertido por un sueño profético que tuvo, del tiempo y de la clase de su muerte gloriosa, un año antes de que sucediese, y toda la grey de este buen pastor aseguraba, que Dios le revelaba las cosas mas secretas, y que su muerte se tenía por cierta desde á mediados del año, á cuyo fin tuvo efecto. *Medio nihilominus tempore*, dice Poncio su diácono, *imminens passio pro certo ab omnibus sciebatur* (2).

Mientras que los dones del Espíritu Santo se derramaban así, eran solamente los viejos, cargados de años y de virtudes, los que estaban iniciados en los secretos del porvenir: San Gregorio Taumaturgo, dice en cier-

(1) Señor Chardon, pág. 539.

(2) Pontius. *In vita Cyprian.*

ta parte: “ El Señor no cesa dia y noche de hacernos sentir el rigor de la censura divina, porque ademas de las visiones que nos envía durante las noches, los niños inocentes que viven con nosotros están llenos del Espíritu Santo, y en sus éxtasis ven, entienden y meditan, este dón de que Dios se ha servido favorecerme.”

Por su pureza, los niños son hermanos de los ángeles. El divino Hijo de María quiso que se les dejase llegar á él, y hay en la inocencia un perfume, que agrada al cielo como á la tierra, á Dios, lo mismo que á los hombres.

El dón de los milagros disminuyó, á medida que la Iglesia engrandecía y se consolidaba: estas gracias extraordinarias, no eran acordadas por Dios mas que para conseguir el establecimiento de su reino: una vez conseguido el objeto, cesaron de ser comunes los dones milagrosos á la generalidad de los fieles, hácia el fin del siglo III.—Esta gracia sobrenatural, que huye de las ciudades y asambleas numerosas, gana y se estiene en el silencio de los desiertos: así la Tebaida se pobló de anacoretas; la soledad vió sus voces proféticas y sus prodigios. Estos eran los tiempos en que se veía á los grandes, á los poderosos de la tierra, abandonar sus moradas, para venir á consultar á un Pablo, á un Antonio, á un Jerónimo, entreviendo en medio de sus austeridades y sus maceraciones, las delicias del cielo, y frecuentemente los secretos del porvenir. ¡Amantes del retiro y de la oracion, que conversaban con los ángeles, luego que se habían alejado del ruido que hacen los hombres!

El brazo de Dios no se ha retirado; su poder ha permanecido siempre el mismo: ¿ni quién osará decir, que las fuentes de gracia del Señor están agotadas? ¿No vemos cada dia demostrarse su justicia? ¿Sus decretos de condenacion, no se escriben en grandes y gruesos caracteres en los muros de los palacios, para que todos puedan leerlos y comentarlos?

Si: la época que atravesamos es grave, y para no tropezar, para no equivocarse el camino, nos son indispensables los socorros de lo alto. Llevemos, pues, á los obispos, sucesores de los apóstoles, nuestros hijos adornados de la inocencia; pongamos sobre ellos la mano que *bendice y confirma*, para que el rocío divino descienda sobre sus jóvenes cabezas. Todos los padres tienen siempre y en todos casos, un constante, un ardoroso deseo de que sus hijos crezcan y se eleven, adquiriendo mérito á los ojos de los hombres y de Dios. ¡Bien! Todo aquello que vuelve puro y casto, todo lo que dilata el corazón, lo que ennoblece el alma, lo que dá la calma al espíritu, todo lo que nos hace estimar y amar á aquellos con quien estamos destinados á vivir; todo aquello que puede asegurar

nuestra dicha en este mundo, y nuestra felicidad eterna en el otro, se encuentra en los siete dones del Espíritu Santo.

No pudiendo ser administrado el sacramento de la confirmacion mas que por un obispo, es necesariamente de mas pompa que el bautismo. Cuando un recién nacido es llevado á la Iglesia para hacerse cristiano, es una fiesta para su familia, un dia de gloria bajo el techo paternal; pero cuando un príncipe del santuario, sale de su ciudad episcopal, para ir á repartir por las diversas parroquias de su diócesis las gracias y los dones del Espíritu Santo, esta solemnidad periódica se anuncia por un edicto, y la alegría se estiende por delante del camino que el prelado traza en su disposicion.

La pequeña aldea, como la villa populosa, y la gran ciudad, recibirán la visita del sucesor de los apóstoles, el ministro de Jesucristo, que á ejemplo de su Divino Maestro, recorre el país haciendo el bien. Y no olvidará que los guardadores de los rebaños han sido llamados antes que los reyes á los establos de Betlehem; y se complacerá en bendecir á los hombres que riegan con sus sudores la tierra que fertilizan: sí, reposará complacido en medio de vosotros, valientes y buenos campesinos, cuya existencia es la de los patriarcas: vosotros, que como los hombres primitivos, os levantaiis antes de ser de dia, y glorificais á Dios en su primer rayo del sol: vosotros, que vivís con la naturaleza, y veis á todas horas sus maravillas y estudiáis sus secretos: vosotros, que ayudais con vuestros trabajos á las diferentes estaciones para redoblar sus beneficios: vosotros, á quienes no aturde el ruido de las ciudades; á quienes su corrupcion no contagia; que vivís directamente bajo los ojos del Criador, en medio de los prodigios de la creacion: vosotros, teneis derecho al amor, al interes del buen pastor. El habitará tambien bajo vuestro techo: con vosotros, que sois en los campos como los ángeles consoladores, y como las providencias visibles: ricos, segun el corazón de Dios, como en los antiguos dias, ofreceréis una noble y respetuosa hospitalidad al digno sucesor de los apóstoles, y antes de la noche, le conduciréis al mas bello apartamento del castillo que habeis adornado piadosamente para él. Le llevaréis vuestros hijos y vuestros nietos, y le pediréis que se digne bendecirlos en nombre del Hijo divino de María: le presentaréis tambien vuestros antiguos y nuevos sirvientes; porque quereis que las bendiciones del cielo descendan sobre toda vuestra casa, como sobre vosotros mismos. Mientras que el pastor de las almas esté con vosotros, aprovecharéis su presencia para que arroje sobre vosotros, y sobre todo lo que os rodea, el verdadero espíritu cristiano; espíritu de dulzura y de justicia en los señores; de obediencia y fidelidad en los domésticos.

Cuando este espíritu ha entrado en una familia, se asegura la paz, y goza de encanto y de dicha; entonces, la vista y el oido del dueño pueden abrirse: el ojo no verá, ni el oido escuchará mas que lo que esta en el orden, la sumision, la caridad y el respeto; porque ante el soplo que arroja el ministro del Dios del Evangelio, desaparecen los celos, los rencores que la diferencia de condiciones hace frecuentemente nacer en una misma habitacion; como las nocivas nieblas y los vapores deletereos, se desvanecen y disipan ante los bellos y puros rayos del sol.

Hace ya muchos siglos que los obispos visitaban las comarcas confiadas á su vigilancia paternal; y en lo que vemos en nuestros dias, encontramos todas las tradiciones de lo pasado. En los primitivos dias del cristianismo, los Ciprianos, los Cirilos, los Euquerios, eran los mejores consoladores de los pueblos, sobre quienes esparcian las divinas luces del Evangelio. En el siglo XIX, es todavía lo mismo; y por donde quiera que pasan nuestros obispos su visita episcopal, dejan los consuelos, reaniman el celo de los pastores, y reparten la paz en medio de las ovejas.

El obispo sucesor inmediato de los apóstoles, visitaba antiguamente con mucha simplicidad la comarca confiada á su paternidad espiritual: era casi siempre, un anciano cargado de años y de virtudes, un atleta acreditado, llevando sobre su cuerpo las cicatrices de los tormentos que habia arrostrado en defensa de Jesucristo. Cabalgaba en un asno, como el Hijo divino de María; llegaba lleno de mansedumbre en medio de su rebaño: otras veces era á pié, apoyándose en un baston en forma de cayado, como el hombre de Dios caminaba hácia sus ovejas, con una capa blanca, ocultando en parte su hábito de pastor. Por donde quiera que pasaba, era recibido con las mas señaladas muestras de respeto: grandes y pequeños, ricos y pobres, se prosternaban ante él, besaban sus sagrados piés, cantaban *Hosanna*, y le saludaban con los nombres de *muy santo* y de *muy querido de Dios*.

Después de mas de quince siglos, encontramos al presente á la llegada de un obispo, y en su recepcion, mucha parte de esta antigua y bella poesía: el *Hosanna* se canta todavía, y todavía tambien se dobla la rodilla, cuando se recibe el enviado del Señor. El baston en forma de cayado se encuentra en el báculo de oro, como emblema de las funciones pastorales, y de la peregrinacion del hombre acá abajo.

Leyendo la vida de Santa Genoveva, vemos dos obispos de la Francia naciente, San German d'Auxerres y San Lupo, caminando de este modo á cortas jornadas, atravesando el país para ir á combatir en Inglaterra la herejía de Pelagio. Por donde quiera que iban, hicieron beneficios, hallaron miserias que socorrer, dolores que consolar, impíos que convertir,